

Hace dos siglos, año arriba, año abajo, que Francisco de Goya sufrió una profunda transformación. Un doble percance le hizo mudar el gesto, dinamitar el realismo y -como vino a afirmar Giulio Carlo Argan-, convertirse en testigo de cargo de su época. Hace dos siglos que al pintor nacido en Fuendetodos se le apagó la luz del oído -*ingrata bendición/bendita maldición*- y, a partir de entonces, sumido en las penumbras del silencio, se aplicó en sacar del inconsciente los fantasmas de la razón. Una razón que para él, y vuelvo a Argan, era sólo el exorcismo con el que se evocaba a los monstruos del oscurantismo.

Y sucedió que, casi al mismo tiempo, mientras buscaba refugio arañando del metal sus entrañas, embebido por aguafuertes y tinieblas, conoció y disfrutó con la complicidad de la Duquesa de Alba, una mujer envidiada por la reina, acechada por Godoy y recreada por el propio pintor en sus lienzos.

Quiero creer que aquellos retratos mitigaron la soledad de su modelo. Lamento saber que esos mismos cuadros atrajeron rumores de comadres y gestos esquinados de curas inquisitivos. Pero esa es otra historia, carne de maledicencia que resulta preferible dejar a un lado.

Qué fuego surgió entre el pintor y la duquesa, (*mujer ante la que "nada es tan hermoso como ella" escribiría su coetáneo Langle tras verla en su viaje a una España que en aquel tiempo era de atraso, déspotas y reaccionarios*), es materia vedada a lo público. Pero es evidente que, desde entonces, hace ahora dos siglos, Goya fue más Goya rodeado -arrebataado mejor-, por sus fantasmas del horror y por la diosa de la belleza. Y aquella dualidad fue su realidad, realidad antinaturalista, realidad beligerante, realidad inagotable e inagotada, manantial de eternas lecturas que crecen cada día y que, cada vez que renacen, renacen con nuevos frutos.

En aquel momento, del que ahora distan doscientos años, ochenta láminas tituladas "*Los caprichos*" eran labradas por la pasión combativa de un hombre perplejo. Ochenta láminas que sirvieron para que Delacroix y sus amigos dieran rienda suelta al romanticismo. Ochenta láminas que, cuando el último año del siglo XVIII fueron por primera vez vistas, fueron negadas por quienes su verdad les hacía daño.

No obstante, de nada sirvieron ataques, ni burlas, ni desprecios porque, a partir de entonces, con intervalos en los que se trató de relegar al olvido a Goya y su pintura, esos "*caprichos*" se erigieron en referencia, luz y lugar de hallazgos. Por ejemplo, esos mismos "*caprichos*" y algunas cosas más alientan ahora "*El cielo está enladrillado*", coreografía firmada por Sabine Dahrendorf y Alfonso Ordóñez, interpretada por los seis integrantes de DANAT y rubricada por la aportación musical de Jean Luc y Bernard Plouvier.

Y es éste un cielo consolidado, reconocido, con historia. Nació en la primavera granadina de 1990 y regresa ahora que se cumplen 250 años del nacimiento de Goya. Con él, DANAT hizo un bello camino y con él, ahora, el grupo devuelve, homenajea, la ayuda prestada por el legado de Goya. Porque Goya late en cada paso, en cada construcción, en cada sonido de esta coreografía hecha rito.

Ante ella, con resultar reconocibles algunos signos externos, con retrotraernos a algunas de sus pinturas, no sólo a los *caprichos* sino a duelos fratricidas, a peleas indefensos, a juegos infantiles de "*gallinas ciegas*" y sentimientos revelados, hará mal el espectador en aplicarse a desentrañar el parentesco de cada escena. No es eso lo que "*El cielo está enladrillado*" propone. Ni es eso lo que se sugiere en la tormenta que a lo largo de 75 minutos desencadena este "*cielo*" preñado de magia, rubricado con talento. DANAT se ha acercado a Goya no para recrear una pinacoteca estática, solemne, vacua; sino para asumir el feroz alegato que va implícito en su pintura. Y lo que en Goya es gesto, expresionismo, caricatura y denuncia, en su danza es vértigo, extenuación y furia. Baile febril, a veces sensual y tierno, a veces terrible y hondo. Escenografía limpia, donde lo innecesario no existe, donde lo que aparece se transfigura en totémico. Con ello, con la precisión de un grupo de intérpretes que lo son, es decir no sólo bailan, sino que crean personajes, les insuflan vida, los dotan de densidad dramática, este "*cielo*" se ofrece lleno de recovecos, gira en torno a una exaltación del movimiento y se constituye en testimonio y paradoja. Testimonio de Goya, paradoja de nuestro tiempo, tal vez tan necesitado de mirar sus *caprichos* para comprender que entre Godoy o la Duquesa de Alba, entre el poder o la belleza, esto último es lo único que nos redime de la miseria, la mediocridad y el vacío.

Decía Saint Poulain a propósito de "*Los Caprichos*" que "*sólo los iniciados pueden comprender el significado último que en ellos anida*". Se equivocaba. Como se equivoca quien aplique parecida lente a "*El cielo está enladrillado*". Ante realidades como ésta que emanan del interior, que no copian a la naturaleza sino que la reinterpretan, los significados son pretextos útiles, notas a pie de página, puro complemento. Lo que importa, sobre todo, es meterse en la piel de la escena, dejarse llevar por el sentimiento, y sólo después, racionalizarlo. Eso y nada más que eso es lo que DANAT, con Goya, ha hecho. Eso es lo que, yo así lo creo, como espectadores, conviene que hagamos ante la visión de este "*cielo*".

Juan Zapater